



Erasmus de Rotterdam, *De utilitate colloquiorum* (1526), Traducción, introducción, notas y apéndices de Jorge Ledo, Valencia, Pre-Textos, 2018, 156 pp.

En la colección Filosofía-Clásicos de la editorial Pre-Textos se publica la edición anotada del opúsculo *De utilitate colloquiorum* (1526) de Erasmo, gracias al buen hacer de Jorge Ledo. Al comienzo del libro informa al lector que, por iniciativa de Julián Solana Pujalte y su proyecto “Bibliotheca Erasmiana Hispanica”, se ofrecerá una traducción íntegra al español de todos los Coloquios al castellano. Es una magnífica noticia y la obra de Ledo no es sino un sabroso anticipo de la misma.

Los *Coloquios* de Erasmo no son, en puridad, una obra filosófica, pues Erasmo era un humanista con especial sensibilidad filológica, histórica y teológica, y no tan amante de lo que a la sazón se consideraba “filosofía”. Sin embargo, pocos dudarían en señalar los Coloquios, si preguntásemos cuál es la obra moralizante más importante en la pedagogía renacentista. La moral y la pedagogía –entendida esta en su más prístino significado, hoy en decadencia– eran la base de los florecientes estudios humanísticos que se desarrollaban a partir de la enseñanza del latín.

Los *Coloquios* erasmianos son, sin duda, la colección de diálogos pedagógicos, ficcionales y satíricos más propagada e copiada durante el Renacimiento. En ellos se cimienta la base de una enseñanza que quería instruir deleitando y “moralizando”. De hecho, Erasmo había escrito que Sócrates había hecho descender la filosofía del cielo a la tierra, mientras que el holandés, mediante los *Coloquios*, la había introducido en los juegos, en las tertulias y en los banquetes. Cuando preparó estos diálogos, Erasmo era el escritor más importante de Europa, cuyo prestigio, pese a los innumerables problemas que le acarreó la ruptura de la Iglesia latina, no fue menoscabado.

En 1520 apareció primera edición no autorizada, a la que le sucedieron muchas otras, ampliadas por el fecundo ingenio de Erasmo, que quería vertir en ellos, al alcance de muchos, todo su programa educativo. Los *Coloquios* fueron un auténtico fenómeno editorial, como fórmula renovadora tanto de la forma del aprendizaje del latín como de la actitud para acercarse a los clásicos. Leídos en la actualidad, se aprecian como una de las formas más sinceras de la expresión de la moral cristiana, limpia esta de las costras que se le habían adherido con el paso de los años.

Sin embargo, el estilo mordaz y punzante de Erasmo hizo que muchos teólogos clamasen contra sus críticas a la mundanidad del clero y a la superficialidad de las costumbres. Así como los ataques individuales o colectivos habían movido los ánimos sin que esta obra llegase a correr gran peligro, Erasmo supo de la inminente prohibición de la misma por parte de la Facultad de Teología de la Sorbona. Frente al peligro de los teólogos sorbónicos, Erasmo decidió explicar los avatares editoriales de los *Coloquios*, sus motivos pedagógicos y morales de fondo, la voluntad que le movió ampliar el conjunto de los mismos y, sobre todo, quiso adelantarse a las críticas de unos censores implacables.

A la apología de la obra, Erasmo la tituló *Sobre la utilidad de los Coloquios* (*De utilitate Colloquiorum*, 1526), que ahora tenemos en edición moderna. Por un lado, Erasmo mostró su plan pedagógico general y, por otro, detalló la adecuación de los contenidos de cada uno de los diálogos. Escribió que “los preceptos de la gramática son amargos para muchos, la *Ética* de Aristóteles no es apta para los niños, menos la *Teología* de Escoto, que ni siquiera sirve para instruir a adultos; pero urge cultivar bien pronto el gusto por lo más excelente en ánimos tiernos, y no estoy seguro de que no se aprenda con más provecho lo que jugando se adquiere” (p. 28). Y como indicó más adelante, “el resto de los Coloquios se concibió como divertimento, aunque no vulgar. Esto no es infamar a las órdenes religiosas, sino instruir las” (pp. 40-41).

Y es que Erasmo, canónigo regular de San Agustín, sabía mucho de la vida de los religiosos y de sus desviaciones, aunque, con una pluma como punzón, quería enseñarles a ser mejores. He aquí el orgullo del humanista, pedagogo y moralista, que se enfrentó a la escolástica y a los clérigos de su tiempo. En sus *Coloquios*, clamó una y otra vez a favor de la vuelta al Evangelio y al cristianismo primitivo. Sus diálogos, leídos en nuestros días, son un dechado de piedad, mientras que a la sazón representaban una afrenta a la mundanidad no solamente de la Iglesia, sino también de la sociedad.

Erasmo, paladín de la subjetividad moderna, deslizó una y otra vez sus opiniones y la de otros en las bocas de los personajes que magistralmente iba creando y recreando. Adelantándose a la censura de los teólogos, Erasmo expuso nuevamente, y en pocas páginas, su programa intelectual.

La edición de Ledo va acompañada de un riquísimo aparato de notas, que no solamente remiten a los autores clásicos y a otras obras de Erasmo, sino que proporciona precisas indicaciones bibliográficas para quienes quieran seguir profundizando en esta obra. Es cierto que ha contado con la ventaja de tener a mano las “espléndidas traducciones de Wolff, Thompson o Asso”, a la que debe añadirse ahora la presente.

El libro concluye con dos apéndices que conectan el texto con el erasmismo hispano: en primer lugar, unos fragmentos del *De utilitate colloquiorum* traducidos en la antología publicada por Juan Cromberger en Sevilla en 1529 y, en segundo lugar, otros fragmentos que seleccionó Alfonso Ruiz de Virués y que hizo pasar como propios.

Afortunadamente, el lector tiene ahora una traducción al español moderno que hace justicia tanto al interés de tantos erasmistas hispanos como a la gran carencia que había hasta el momento, al no tener esa obra vertida al castellano. Esperamos que la traducción de todos los *Coloquios* permita superar la comprensión parcial que hoy se tiene de esta obra, por la falta de una edición completa. Ciertamente es que, gracias a la edición de Pedro Rodríguez Santidrián en Espasa Calpe, se pueden leer algunos (y muy bien traducidos), pero se impone la necesidad de tenerlos todos.

Si la edición de los *Coloquios* erasmianos tiene el mismo nivel que el texto presentado por Jorge Ledo, nos encontraremos con una de las grandes versiones modernas. De momento, debemos conformarnos –que no es poco– con la traducción anotada de *De utilitate colloquiorum*, un auténtico regalo a los amantes de las buenas letras y del pensamiento humanista.

Rafael Ramis Barceló
Universitat de les Illes Balears – IEHM
r.ramis@uib.es